

nares de comedias apenas habrá una que pueda llamarse buena; en fin, que de tantos millares de versos como su incansable vena produjo, son tan pocos los que han quedado grabados en las tablas del buen gusto, no puede menos de exclamarse: « ¿Dónde están pues los cimientos de aquel edificio de gloria levantado en obsequio de un hombre solo por el siglo en que vivía, y que asombra y da envidia á la imaginación que los contempla desde lejos? »

No era posible que tuviesen otro resultado trabajos hechos con tal precipitación, con semejante olvido de todos los buenos principios y de todos los grandes modelos; sin plan, sin preparación, sin estudio ni atención á la naturaleza. La necesidad de escribir precipitadamente para el teatro, donde él había acostumbrado el público á novedades casi diarias, descompuso y como que relajó todos los resortes de su ingenio, llevando la misma prisa y el mismo abandono á todos sus demás escritos<sup>1</sup>. Así es que, á excepcion de algunas poesías cortas, en que la buena inspiración del momento podía aprovecharse en él, en todas las otras hay faltas imperdonables de invención, de composición y de estilo. ¡Facilidad fatal, que corrompió en él todo cuanto bueno había! Ella le hizo deslucir la claridad, el número, la elegancia, la sencillez, la afluencia, y aun la fuerza, de que también estaba dotado; dando lugar á figuras impropias, á alusiones históricas ó fabulosas, pedantescas é importunas, á explicaciones frias y prolijas de lo mismo que ya ha dicho; en fin, á la flojedad, á la llaneza, á la falta de tono insufrible, en que degeneran la rica abundancia y la candidez amable de su dición y sus versos.

Era pues bárbaro, se dirá, el siglo que consentía tales extravíos y que daba tanto aplausos á un escritor tan defectuoso. No

1. Si no me embarazara el libre cuello  
De la necesidad el fiero yugo,  
Por lo que al cielo plugo,  
Yo viera en mi cabello  
Algun honor que á la virtud se debe,  
Que diera verde lustre á tanta nieve.  
Del vulgo vil sollicité la risa,  
Siempre ocupado en fábulas de amores:  
Así grandes pintores,  
Manchan la tabla aprisa.

(LOPE, *égloga á Claudio*.)

era bárbaro, aunque si condescendiente con exceso. Hubo entonces muchos buenos ingenios que deploraban este desorden, pero no podían contrastar al aura popular que la clase de trabajos de Lope se llevaba consigo, y que en algun modo su talento autorizaba. La general dulzura y fluidez de su poesía, la claridad de su expresión, inteligible casi siempre al menos docto; el lenguaje de la galantería fina y culta, que él inventó y puso en uso en las comedias; el decoro y aparato con que autorizó la escena<sup>1</sup>, los rasgos de sensibilidad viva y delicada que de cuando en cuando presenta, el papel sobresaliente y brillante que las mujeres hacen generalmente en sus obras; en fin, su imperio absoluto en el teatro, donde los aplausos tienen mas solemnidad y energía: todas son circunstancias que concurren á disculpar al público de entonces, el cual no era injusto en admirar mas á quien mas placer le daba<sup>2</sup>.

## ARTÍCULO V.

### DE GÓNGORA Y QUEVEDO, Y SUS IMITADORES.

Para dar á la poesía castellana el tono y el vigor que le iban faltando, apenas fueran suficientes Horacio y Virgilio con la

1. Pintar las iras del armado Aquiles,  
Guardar á los palacios el decoro,  
Iluminados de oro  
Y de lisonjas viles,  
La furia del amante sin consejo,  
La hermosa dama, el sentencioso viejo,  
¿A quién se debe, Claudio?

2. Muerto él, Calderon, Moreto y otros, que en vida suya se hubieran contentado con el título de discípulos suyos, le oscurecieron en la escena, sin embargo de que su nombre fué siempre respetado como escritor. Este respeto se iba disminuyendo mucho con la observación mas atenta de los buenos principios y de los grandes modelos; hasta que últimamente algunas de sus comedias, representadas con aplauso y concurrencia general, han vuelto á restablecer su reputación vacilante. En francés se ha hecho en estos últimos años una buena traducción de algunas poesías suyas, por el señor marqués de Aguilar, y en Inglaterra un hombre tan res-

grandeza de su ingenio, la perfeccion de su gusto y la alta proteccion que disfrutaron. Dos hombres se aplicaron entre nosotros á esta empresa : los dos de gran talento, pero de un gusto depravado y de diferentes estudios. Sus vicios, que participan alguna vez de sus buenas prendas, tuvieron la propiedad de un contagio, y produjeron consecuencias mas fatales que el mal mismo que intentaron remediar.

El primero fué don Luis de Góngora, padre y fundador de la secta llamada de los cultos. Todos saben que después de un siglo de adoraciones que logró en los secuaces de su estilo, Luzan y los demas humanistas que restablecieron el buen gusto se aplicaron á destruir la secta, desacreditando á su fundador ; y para ellos Góngora y poeta detestable fué todo uno. Mas esto era injusto, y deben distinguirse siempre en este autor el poeta brillante, ameno y lozano, del novador extravagante y caprichoso. Su genio independiente era incapaz de seguir ni de imitar á nadie; su imaginacion, en extremo fogosa y viva, no veia las cosas de un modo comun ; y el colorido débil y pálido de los otros poetas no puede sufrir comparacion con la bizarría, si así puede decirse, de su expresion y su estilo. ¿En cuál de ellos se encontrarán períodos poéticos que en riqueza de lenguaje, en lozanía y en número puedan competir con los siguientes?

Rey de los otros rios caudaloso,  
Que en fama claro; en aguas cristalino,  
Tosca guirnalda de robusto pino  
Ciñe tu frente y tu cabello ondoso.

.....  
Raya, dorado sol, orna y colora  
Del alto monte la lozana cumbre,  
Signe con apacible mansedumbre  
El rojo paso de la blanca aurora;  
Suelta las riendas á Fabonio y Flora...

petable por su dignidad y carácter como por su erudicion, filosofia y buen gusto (milord Holland), ha publicado una disertacion excelente sobre su vida y sus obras. Alternativa por cierto bien extraña, y que prueba á lo menos que, aun cuando Lope sea un escritor muy imperfecto, está, sin embargo, muy lejos de ser un objeto poco interesante en la historia de nuestras letras.

¿En cuál, imágenes mas delicadas, mas oportunas y mas naturalmente expresadas que estas ?

La dulce boca que á gustar convida...  
Amantes, no toqueis si quereis vida,  
Que entre el un labio y otro colorado  
Amor está, de su veneno armado,  
Cual entre flor y flor sierpe escondida.

.....  
Dormid; que el dios alado,  
De vuestras almas dueño,  
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

.....  
Ondeábale el viento que corria  
El oro fino con error galano,  
Cual verde hoja de álamo lozano  
Se mueve al rojo despuntar del dia.

No hay en todo Anacreonte un pensamiento tan gentil como el de aquella cancion en que presentado unas flores á su amada, le pide tantos besos como heridas le habian dado las abejas que las guardaban. Si de la poesia italiana se pasa al romance castellano y á las letrillas, Góngora es el rey de este género, que de nadie ha recibido tanta gracia, tantas galas, tanta poesia. Su mérito es tal en esta parte, y los buenos ejemplos tan comunes, que no dejan para demostrarlo otro trabajo que el de escoger. Este trozo bastará al intento, sacado del romance de *Angélica y Medoro* :

Todo es gala el africano :  
Su vestido espira olores,  
El lunado arco suspende,  
Y el corvo alfanje depone.  
Tórtolas enamoradas  
Son sus roncós atambores,  
Y los volantes de Vénus  
Sus bien seguidos pendones.  
Desnuda el pecho anda ella,  
Vuela el cabello sin órden;  
Si o abrocha es con claveles,  
Con jazmines si lo coge...  
Todo sirve á los amantes;

Plumas les baten veloces  
 Airecillos lisonjeros,  
 Si no son murmuradores.  
 Los campos les dan alfombras,  
 Los árboles pabellones,  
 La apacible fuente sueño,  
 Música los ruiseñores;  
 Los troncos les dan cortezas  
 En que se guarden sus nombres  
 Mejor que en tablas de mármol  
 O que en láminas de bronce.  
 No hay verde fresno sin letra,  
 No hay blanco chopo sin mote,  
 Si un valle « Angélica » suena.  
 Otro « Angélica » responde.

¿Cómo un hombre que poseía esta fuerza y esta abundancia pudo después abandonarse á los delirios lastimosos que le perdieron sin que le quedase ni una sombra de sus excelentes disposiciones? Creyendo que el lenguaje de la poesía se enervaba, y reputando la naturalidad por pobreza, la pureza por sujecion, y la facilidad por abandono, aspiró á extender los límites de la lengua y de la poesía, y dióse á inventar un nuevo dialecto que remontase el arte, de la llaneza rastrera á que, segun él, estaba reducido. Este dialecto se habia de distinguir por la novedad de las palabras ó de su aplicacion, por la extrañeza y la frase, por la osadía y abundancia de las figuras; y no solo compuso en él sus *Soledades* y su *Polifemo*, sino que afeó del mismo modo casi todos sus sonetos y canciones, salpicando tambien con él bastantes pasajes de sus romances y letrillas.

Si Góngora, á las excelentes disposiciones que tenia, hubiese juntado la instruccion y el buen gusto que le faltaban; si hubiera hecho de su lengua el estudio profundo que Herrera, y meditado sobre los recursos que presentaba el idioma, atendidos su carácter, su caudal y su armonía, tal vez consiguiera lo que deseaba, y tendria la gloria de ser un restaurador del arte, y no el oprobio de haberle corrompido. Pero le sucedió lo que á todos los que quieren levantar un edificio sin cimientos: dió consigo en un abismo de extravagancias y delirios, en una jeringonza detestable, tan opuesta á la verdad como á la belleza, y

que al paso que fué seguida de una muchedumbre de ignorantes, fué reprobada de cuantos conservaban todavia un poco de juicio y sensatez.

« Quiso, dice Lope de Vega, enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras, cuales nunca fueron imaginadas, ni hasta su tiempo vistas... Bien consiguió lo que intentó, á mi juicio, si aquello era lo que intentaba; la dificultad está en recibirlo... A muchos ha llevado la novedad hácia este género de poesía y no se han engañado, pues en el estilo antiguo en su vida llegaron á ser poetas, y en el moderno lo son en el mismo dia, porque con aquellas transposiciones, cuatro preceptos y seis voces latinas ó frases enfáticas se hallan levantados adonde ellos mismos no se conocen ni sé si se entienden. Lipsio escribió aquel nuevo latin, de que dicen los que le saben que se han reido Ciceron y Quintiliano en el otro mundo.... Todo el fundamento de este edificio es el trasponer; y lo que le hace mas duro es el apartar tanto los sustantivos de los adjuntos donde es imposible el paréntesis... Esto es una composicion llena de tropos y figuras; un rostro colorado á manera de los ángeles de la trompeta del juicio, ó de los vientos de los mapas... Las voces sonoras, las figuras esmaltan la oracion; pues si el esmalte cubriese todo el oro, no seria gracia de la joya, sino fealdad notable. » Y en otra parte dice: « Sin andar á buscar tantas metáforas de metáforas, gastando en afeites lo que falta de facciones, y enflaqueciendo el alma con el peso de tan excesivo cuerpo: cosa que ha destruido gran parte de los ingenios de España, con tan lastimoso ejemplo, que poeta insigne que, escribiendo en sus fuerzas naturales y lengua propia fué leido con general aplauso, después que se pasó á culteranismo lo perdió todo. »

No contento con estas demostraciones de severidad, este hombre apacible, que apenas conocia la malignidad ni la hiel, creyó que debia perseguir aquel contagio á sangre y fuego, y en sus comedias, en las poesias burlescas de Burguillos, en el *Laurel de Apolo*, y en otras mil partes burló y maldijo semejante poesía, que él caracterizaba de invencion odiosa para hacer bárbara la lengua. Auxiliáronle en esta guerra Jáuregui, Quevedo y algun otro; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y ellos mismos al fin se vieron precisados á ceder al contagio,

pues aunque no se les pueda llamar cultos en todo rigor, adoptaron algunos de los elementos que componian el dialecto, como fueron las trasposiciones violentas, las hipérboles extravagantes y las figuras incoherentes. Góngora entre tanto, que no habia conocido jamás ni sujecion ni freno alguno, vomitaba contra sus adversarios los dicerios groseros que su mordacidad le sugeria, y fiero y orgulloso con el aplauso de los ignorantes, gozaba en su interior de toda la gloria de un triunfo. A esto se añadió la recomendacion que daban á su partido el célebre predicador fray Hortensio Paravicino, por el influjo grande que tenia con los teólogos y oradores sagrados, y el malogrado conde de Villamediana, por el favor secreto y poderoso con que se le suponía en palacio. Los dos imitaron á Góngora y arrastraron consigo á otros escritores de menor crédito, propagándose así este bárbaro lenguaje hasta mediados del siglo pasado, en que Luzan y los demas buenos criticos lograron al cabo desterrarle enteramente.

Al mismo tiempo que los cultos, vinieron los conceptistas, los equivoquistas y los friamente sentenciosos, entre quienes descuella don Francisco de Quevedo, así por su mérito como por su influjo en el nacimiento y progresos de estas sectas diversas. Quevedo para algunos es el padre de la risa, el tesoro de los chistes, la fuente de las sales, el inventor de tantas frases y refranes felices; en una palabra, el maestro de la agudeza y de la jocosidad. Para otros, al contrario, es un hombre ominoso á la belleza y decoro del ingenio: « su espíritu, dicen, en vez de ser festivo, es chocarrero; él ha empobrecido la lengua, privándola de infinitos modos de decir que, antes nobles y decentes, son ya por culpa suya bajos é indecorosos; y si alguna vez divierte, es por la extravagancia original de sus delirios. » Estos dos juicios tan encontrados son al mismo tiempo verdaderos, y considerando atentamente el carácter de este escritor, se ve cuánto fundamento tienen unos y otros para sus críticas y sus aplausos. Quevedo era extremado: de la misma manera que nadie en lo serio ostenta una gravedad tan seca y una moral tan austera, nadie en lo jocoso muestra un humor tan festivo, tan libre y tan abandonado. La eleccion de sus asuntos se resiente tambien de esta contrariedad. Alguaciles, escribanos, terceras, maridos fáciles, rufianes y mujercillas

componen generalmente el fondo de sus bufonadas, y es preciso confesar que muchas veces los zahiere maestramente. Teólogo y estóico por otra parte, traduce á Epitecto, comenta á Séneca, interpreta la Escritura, y se enreda en vanos laberintos de metafísica: trabajos perdidos, que en su mayor parte ya no se leen, y que apenas tienen otro mérito que el de su erudicion inmensa.

De esta contradiccion nace tal vez el esfuerzo y la violencia con que procede en los dos géneros. Su estilo, en prosa como en verso, en lo serio como en lo jocoso, es siempre cortado, sin trabazon ninguna, sin progresion, y sacrificando casi siempre la naturaleza y la verdad á la exageracion y á la hipérbole. Su imaginacion era vivisima y brillante, pero superficial y descuidada: y el genio poético que le anima centellea y no conmueve, salta con ímpetu y con fuerza, pero no vuela ni toma nunca una elevacion sostenida. La mania, ó mas bien la rabia, de expresar las cosas con novedad, le hará llamar « ley de arena » á las orillas del mar, al amor « guerra civil de los nacidos, » « rústico libro escrito en esmeralda » á los troncos donde están grabadas las cifras de los amantes. En los versos burlescos amontonará las alusiones forzadas, los equívocos y los despropósitos. Un jaque, para denotar cuán sentida ha sido su desgracia, dirá que le han llorado sogá á sogá, y no hilo á hilo; dirá que ha tenido mas « grillos que el verano, mas guardas que el monumento, mas registros que el misal. » Yo bien sé que Quevedo se divierte frecuentemente con lo que escribe, y delira porque quiere; sé que los equívocos tienen su lugar propio en estas composiciones, y que nadie los ha usado con mas felicidad que él. Pero todo tiene su término; y amontonados con semejante prodigalidad, en vez de agradar, causan fastidio.

La misma incorreccion y mal gusto que hay en su estilo, compuesto de frases y voces altas y nobles unidas á otras triviales y bajas, se halla en sus imágenes y pensamientos, los cuales se ven mezclados uno con otros sin economía, sin juicio y sin decoro. El soneto siguiente hará ver esta miserable confusion mejor que descripcion ninguna:

Falleció César fortunado y fuerte,  
Ignoran la piedad y el escarmiento

Señas de su glorioso monumento;  
Porque tambien para el sepulcro hay muerte.

Muere la vida, y de la misma suerte  
Muere el entierro rico y opulento,  
La hora con oculto movimiento  
Acalla el grito que la fama vierte.

*Devanan* sol y luna noche y dia  
Del mundo la robusta vida; ¿y lloras  
Las advertencias que la edad te envia?

*Risueña enfermedad* son las auroras,  
*Lima* de la salud es su alegría,  
*Licas, sepultureros* son las horas.

A pesar de estos defectos, que sin duda alguna son grandes, Quevedo será leído con estimacion, y admirado justamente en muchos pasajes. En primer lugar, sus versos son de ordinario llenos, sus rimas ricas y fáciles. Y aunque este mérito, el primero que debe tener un poeta, no sea el principal, nuestro escritor sabe acompañarle de muchos rasgos excelentes, unos por la viveza de los colores, otros por la robustez y el vigor. Su poesía, nerviosa y fuerte, va impetuosamente á su fin; y si sus movimientos se resienten demasiado de los esfuerzos, afectacion y mal gusto del escritor, se la ve marchar no pocas veces con una fiereza, una audacia y una singularidad que sorprende. Sus versos de cuando en cuando salen del fondo general, y sin necesidad del auxilio de los otros vienen á herir el oido con su vibracion fuerte y sonora, ó á grabarse en la mente por la profundidad de la sentencia que contienen, ó por la novedad y energia de la expresion. De nadie se pueden citar tantos bellos versos aislados como de él; de nadie períodos poéticos mas pomposos y valientes:

Todas matronas y ninguna dama.

Joya era la virtud pura y ardiente.

Fatigó su furor el hemisferio.

Faltar pudo su patria al grande Osuna.

Vencida de la edad sentí mi espada.

De amenazas del ponto rodeado,  
Y de enojos del viento sacudido  
Tu pompa es la borrasca, y su gemido  
Mas aplauso te da que no cuidado.  
Reinas con majestad, escollo osado,  
En las iras del mar.

De estéril osas acusar al suelo  
Porque á los gritos tuyos ne se mueve;  
¿Presumes, necio, de mandar la nieve,  
Y al invierno tasar quieres el hielo?

Y antes que los desórdenes del vientre  
Satisfagan sus impetus violentos,  
Yermos han de quedar les elementos  
Para que el orbe en sus angustias entre.

Al encontrar en sus obras estos pasajes brillantes, después de tributarles la justa admiracion que se les debe, no puede menos de sentirse un movimiento de indignacion, viendo el lastimoso abuso que Quevedo ha hecho de sus talentos, y empleados en equilibrios vanos y suertes de volteador los rigurosos músculos y fuerzas de un Alcides.

Amigo de Quevedo fué don Francisco Manuel Melo, portugués, y escritor tan infatigable como activo político y guerrero. Manejaba con igual facilidad el idioma castellano que el suyo nativo; y poeta, historiador, moralista, autor político, militar y aun ascético, es sobresaliente en algunos de estos ramos, y en ninguno despreciable. El libro de sus versos es rarísimo, y aunque algunos le han hecho imitador de Góngora, tiene mas puntos de semejanza con Quevedo. El mismo gusto en versificar, la misma austeridad de principios, la misma afectacion de sentencia, la misma copia de doctrina. Tiene además con Quevedo la conformidad de haber publicado sus versos distribuidos por musas, bien que tres de ellas están en portugués. Hay en el español colores mas brillantes y rasgos mas valientes, en Melo mas sobriedad y menos extravagancias. Su estilo aunque elegante y culto, apenas tiene poesia; y sus versos amatorios carecen de ternura y de fuego, como sus odas de entusiasmo y de elevacion. Tampoco tenia índole para los muchos versos

burlescos de que está lleno el gran volumen de sus poesías; mas cuando la materia es seria y grave, entonces su filosofía y su doctrina le sostienen, y su expresión ignala á sus ideas. Naturalmente inclinado á las máximas y á las sentencias, era mas á propósito para las poesías morales, para la epístola principalmente, en que la fuerza y la severidad del pensamiento se combinan mejor con una fantasía templada y poco profunda. En este género, si no es siempre un gran pintor, es por lo menos castigado y severo en el lenguaje y estilo, sonoro en los versos, grave y elevado en los pensamientos, moralista respetable en el carácter y en los principios. Sin embargo de estas prendas, los títulos de su gloria como escritor están mas bien afianzados en sus obras prosáicas: en el *Eco político*, por ejemplo, en su *Aula militar*, y sobre todo en la *Historia de las alteraciones de Cataluña*, la producción mas sobresaliente de su pluma, y quizá la mejor obra de su clase que hay en castellano.

La poesía entre tanto agonizaba: martirizada por estos energúmenos, no podia recobrar su belleza y su frescura con el auxilio de algunos pocos que todavía componian con circunspección y escribian con mas pureza. Rebolledo no tenia fuerza ni fantasía, y sus escritos no son otra cosa que una prosa rimada. Esquilache, aunque con alguna mas gracia en los romances, lamido y amanerado, carecia tambien del espíritu y nervio necesario para composiciones mas altas. Ulloa nada hizo bueno sino su *Raquel*. Solís, en fin, que se mostró alguna vez poeta en su comedias, y frecuentemente en su historia, no es mas que un coplero en sus poesías líricas, que ya nadie lee. ¿cómo pudieran las endeblés fuerzas de estos escritores eunucos levantar el arte del abismo en que se hallaba? Ya no era posible: el mal gusto estaba sancionado y reducido á teoría en la obra extravagante y singular de Gracian, *Agudeza y arte de ingenio*, que es un arte de escribir en prosa y verso, fundado en los principios mas absurdos, y apoyado con ejemplos buenos y malos, confundidos entre sí de la manera mas repugnante. Este mismo Gracian es el que compuso un poema descriptivo sobre las estaciones con el título de *Selvas del año*: el primero, segun creo, que se ha escrito en Europa sobre este asunto, y sin duda alguna el peor. Para muestra de su estilo

y de la risible degradacion á que habia llegado la poesía, bastarán los versos siguientes, sacados de la *Entrada del estío*:

Después que en el celeste anfiteatro  
El jinete del día  
Sobre Flegonte toreó valiente  
Al luminoso toro,  
Vibrando por rejonés rayos de oro;  
Aplaudiendo sus suertes  
El hermoso espectáculo de estrellas,  
Turba de damas bellas,  
Que á gozar de su talle, alegre mora  
Encima los balcones de la aurora;  
Después que en singular metamorfósi  
Con talones de pluma  
Y con cresta de fuego,  
A la gran multitud de astros lucientes,  
Gallinas de los campos celestiales,  
Presidió gallo el boquirubio Febo  
Entre los pollos del tindario huevo.

No hay mas que ver ni mas que decir: todo el poema está escrito de este modo bárbaro y ridiculo, y es una prueba tan evidente como triste de que ya no quedaban principios ningunos de imitación ni vestigios de eloquencia. Los ornatos propios del madrigal y del epigrama pasaron á los géneros mayores, y todo se volvió conceptos, retruécanos, equívocos y antítesis. Así acabó la poesía castellana: en su juventud mas tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la habia engalanado Garcilaso; en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentacion de una hermosa dama ricamente ataviada; en Valbuena, Jáuregui y Lope de Vega, aunque con alguna libertad y abandono, conserva todavía gentileza y hermosura; pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona después á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entónces sus movimientos son convulsiones, sus colores, postizos; sus joyas, piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrepita, no hace mas que delirar puerilmente, secarse y perecer.

## ARTÍCULO VI.

## REFLEXIONES GENERALES.

Si en éste estado se echa una ojeada por los pasos que habia dado el arte en poco mas de un siglo que habia tenido de vida, se verá que nada habia dejado por intentar. Estaban traducidos todos ó buena parte de los autores antiguos; se habian hecho poemas épicos de todas clases; el teatro habia tomado una extension, y presentaba una abundancia, que tuvo para comunicar de sus riquezas á los extranjeros; la oda, en fin, en todas sus especies; la égloga, la epístola, la sátira, la poesia descriptiva, el madrigal, el epigrama: todo se habia recorrido y cultivado.

Si esta extension y variedad hacen honor á su flexibilidad, aplicacion y osadía, no es igual la felicidad de su desempeño en todas partes. Ya, en primer lugar, las traducciones son casi todas malas ó medianas. ¿Quién puede decir de buena fe que la de la *Odisea*, por Gonzalo Perez; la de la *Eneida*, por Hernandez de Velasco, la de los *Metamorfóseos*, por Sigler, pueden suplir por el original? ¿Cuál es el hombre que, teniendo algun gusto en el lenguaje poético y en la versificacion, puede leer dos páginas de estas versiones, en que los ingenios mayores de la antigüedad están convertidos en copleros triviales sin elegancia y sin armonía? Tenemos un buen número de poemas épicos; y aunque de ellos se pueden entresacar algunos trozos de buena poesia, no hay uno que se pueda mirar como una fábula bien ordenada y que corresponda en su interés y dignidad á su titulo y argumento <sup>1</sup>. Es notorio que los defectos de nuestras comedias sobrepujan mucho á sus buenas dotes. Mas felices en los géneros cortos, nuestras odas, elegías, sonetos, romances y letrillas se acercan mas á la perfeccion. Pero aun en estos, ¡qué olvido de decoro, qué desaliño á veces, y á veces

1. Los dos poemas épicos castellanos que tienen mejor disposicion y están escritos mas correctamente son la *Gatomaquia* y la *Mosquea*; pero no me atrevo á decir si esto nos debe causar mas satisfaccion que vergüenza.

qué de pedantismo y cuánto falso gusto no hay que disimular! En los mejores escritores, en las composiciones mas esmeradas se ofende el espíritu de hallar frecuentemente junto á un acierto un desbarro, junto á una flor una espina.

Una cosa que se extraña en los buenos poetas del siglo xvi es que su genio poético no se alzase al nivel de las circunstancias que por todas partes le rodeaban. Las composiciones de Virgilio y de Horacio en Roma correspondian á la dignidad y majestad del imperio. Lucano después, aunque muy distante de la perfeccion de sus predecesores, conservó en su poema el tono fiero y arrojado, conveniente al asunto que escribia y al entusiasmo patriótico que le animaba. Dante en su extraño poema se muestra inspirado por todos los sentimientos que el rencor de la faccion, las disensiones civiles y la exaltacion de ánimos daban de sí. Petrarca, si en sus amores sacrificó á la galanteria de su tiempo, en sus triunfos está al nivel de la altura y de la ilustracion á que ya iba sabiendo entonces el espíritu humano. No así nuestros poetas. Los árabes arrojados de la Peninsula; el mundo desdoblado presentando un nuevo hemisferio á la fortuna española; nuestras flotas yendo de un extremo al otro del Océano, acompañadas de terror, y volviendo cargadas de las riquezas de Oriente y Occidente; la religion desgarrada por la faccion de Lutero; Francia, Holanda, Alemania conmovidas y desoladas con la guerra civil y las disensiones religiosas; la potencia otomana arrollada en las aguas de Lepanto; Portugal cayendo en Africa para después unirse á Castilla; la espada española agitándolo todo en la tierra por espíritu de heroismo, de religion, de ambicion y de codicia: ¿qué tiempo hubo nunca mas lleno de prodigios ni mas propio para exaltar la fantasia y el ingenio? Y sin embargo, las musas castellanas, sordas, indiferentes á esta agitacion universal, apenas saben inspirar á sus favoritos otra cosa que moralidades vagas, imágenes campestres, amores y galanteria <sup>1</sup>.

1. Tres canciones de Herrera y algun trozo poco importante no son mas que una excepcion de esta idea general. Ni el *Golfo de Lepanto*, ni la *Carolea*, ni la *Austriada*, ni el *Carlo famoso*, se acercan con mucho á su argumento. En la *Araucana* misma, si hay algo bien pintado, no son los españoles, son los indios.

La falta de esta especie de grandeza se compensa en parte con una cualidad moral que distingue á aquellos poetas y los recomienda infinito. Ni en Garcilaso, ni en Luis de Leon, ni en Francisco de la Torre, ni en Herrera se hallan muestras ningunas de rencor y envidia literaria, de indecencia grosera ni de adulacion servil y descarada. Las alabanzas que alguna vez tributan al poder se contienen en aquel justo comedimiento y decoro que las hace tolerables. Hasta que se corrompió el gusto literario no empezó á manifestarse esta degradacion moral, compuesta de bajeza con los mayores, de insolencia con los iguales, y de olvido de todo respeto hácia el público: vicios harto contagiosos por desgracia, y que difaman y destruyen la nobleza y dignidad de un arte que, por la naturaleza de su objeto y de sus medios, tiene algo de sobrehumano.

No puede negarse á una buena parte de nuestros autores talento admirable, erudicion extensa, y gran manejo en los clásicos antiguos; y sin embargo, no es comun en ellos la elegancia sostenida y la perfeccion de gusto que otros autores modernos han bebido en las mismas fuentes. A esto contribuyeron muchas causas. Una de ellas es que estos poetas comunicaban poco entre sí; faltaba un centro comun de urbanidad y de gusto, una legislacion literaria que trazase la linea entre la hinchazon y la grandeza, la exageracion y la fuerza, la afectacion y la elegancia. Las universidades donde habia mas conocimientos, no podian serlo por la naturaleza de sus estudios, mas escolásticos que amenos. La corte, donde se perfecciona mas pronto el espíritu de sociedad y de concurrencia, hubiera sido mas á propósito; pero vagante con Carlos V, severa y melancólica con Felipe II, no dió hasta Felipe III al talento poético la atencion necesaria para perfeccionarse; y ya entonces, y mucho mas en tiempo de su sucesor, el gusto estaba estragado, y la proteccion y aficion de los principes y grandes no podia hacer otra cosa que autorizar la corrupcion. En suma, faltó en España una corte como la de Augusto, la de Leon X, la de los duques de Ferrara, la de Luis XIV, donde la buena y delicada conversacion, la aficion á las musas, la cultura y elegancia, y otras circunstancias felices contribuyeron poderosamente á la perfeccion de los grandes escritores que vivian en el las.

Otra causa es el lugar secundario que tenia la poesia en muchos de los que la cultivaban. Hacian versos para distraerse de otras ocupaciones mas serias; y el que hace versos para divertirse no es, por lo comun, muy cuidadoso de la eleccion de asunto ni muy esmerado en la ejecucion. ¡ Suerte fatal que ha cabido entre nosotros á la mas bella y mas difícil de todas las artes! La poesia, que es una diversion y entretenimiento para los que la disfrutan, debe ser una ocupacion muy seria y casi exclusiva para los que la profesan, si aspiran á tener un lugar distinguido en la reputacion. Cuando se considera que Homero, Sófocles, Virgilio, Horacio, Taso, Racine, Pope y otros pocos mas han sido los mas grandes poetas y los mas laboriosos, no debe extrañarse que se hayan quedado tan detrás de ellos los que, aun suponiéndoles igual talento, no los han igualado ni en aplicacion ni en constancia.

A este mal se añadió otro peor, nacido en gran parte de la misma causa. Muy pocos de nuestros buenos poetas publicaron sus obras en vida. Garcilaso, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Herrera, los Argensolas, Quevedo y otros han sido dados á luz después de su muerte por sus herederos y amigos, con mas ó menos inteligencia. ¡ Cuánto no hubieran ellos desechado de lo que se publicó con su nombre, cuántas correcciones no hubieran hecho en lo escogido, y cuántos lunares de desaliño, de mal gusto y de oscuridad no hubieran hecho desaparecer!

Pero aun cuando por este motivo no les sea tan imputable la falta de perfeccion, no por eso deja de ser cierta. Ella ha dado motivo á la contrariedad de opiniones sobre el mérito de nuestros poetas antiguos, á quienes algunos reputan como modelos excelentes, mientras que otros los desprecian hasta el punto de creerlos indignos de leerse. En esto, como en todo, la parcialidad y las pasiones suelen llevar á los criticos mas allá del término que prescriben la verdad y la justicia; y ensalzar ó deprimir á los muertos, no viene á ser en ellos otra cosa que una manera indirecta de ensalzar ó deprimir á los vivos. Mas, aun prescindiendo de esta circunstancia, puede decirse que esta enorme diferencia nace del diverso punto que se toma para la comparacion. Cotejados Leon, Garcilaso, Herrera, Rioja y otros pocos con las extravagancias monstruosas



que Góngora y Quevedo introdujeron y autorizaron, no hay duda que los primeros deben parecer escritores clásicos, perfectos, dignos de imitarse y de seguirse; pero si á estos mismos se los compara con los grandes autores de la antigüedad ó con los pocos modernos que se han acercado á ellos ó les han excédido, viene ya á descubrirse la razon por que muchos los tratan con el excesivo rigor que se ha indicado. Yo, sin pretender dar por regla mi opinion particular, y juzgando por el efecto que en mí hace su lectura, diria que, aunque contemplo nuestras poesias antiguas á bastante distancia de la perfeccion, todavía, sin embargo, producen en mi espíritu y en mi oido el placer suficiente para disimular en gracia suya los descuidos y lunares que encuentro. Me atreveria tambien á decir que si nuestros poetas hubieran cultivado los géneros grandes de la poesia, la epopeya y el drama, con el esmero y felicidad que la oda y demás géneros cortos, podríamos estar contentos del lote que nos cabia en esta amena parte de literatura. Añadiré, en fin, que á mi juicio es absolutamente necesario leer y estudiar á estos poetas para aprender la pureza, la propiedad y la indole de la lengua, y para formar el gusto y el oido en el número y fluidez de los versos y en la estructura del periodo poético castellano. No seria difícil, ni quizá fuera de propósito, manifestar en nuestras composiciones modernas el influjo que ha tenido en sus autores la admiracion exclusiva ó el desprecio exagerado de los padres de la poesia española; pero estas aplicaciones, necesariamente odiosas, no entran ni en mi carácter ni en mis principios.

## POESÍAS

### AL MAR.

Calma un momento tus soberbias ondas,  
 Océano inmortal, y no á mi acento  
 Con eco turbulento  
 Desde tu seno liquido respondas.  
 Cálmate, y sufre que la vista mia  
 Por tu inquieta llanura  
 Se tienda á su placer. Sonó en mi mente  
 Tu inmenso poderío,  
 Y á las playas remotas de occidente  
 Corrí desde el humilde Manzanares  
 Por contemplar tu gloria,  
 Y adorarte tambien, Dios de los mares.

Que ardió mi fantasía  
 En ansia de admirar, y desdeñando  
 El cerco oscuro y vil que la ceñia,  
 Tal vez allá volaba  
 Do la eterna pirámide se eleva  
 Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.  
 Tal vez trepar osaba  
 Al Etna mugidor, y allí veia  
 Bullir dentro el gran horno,  
 Y por la nieve que le ciñe en torno  
 Los torrentes correr de ardiente lava,